

El Programa Bolsa Familia y la Oferta de Trabajo en las Familias

Por Alan de Brauw, Daniel O. Gilligan, John Hoddinott y Shalini Roy, del Instituto Internacional de Investigación sobre Políticas Alimentarias

Una preocupación común acerca de los programas de protección social es que las prestaciones ofrecidas puedan desincentivar el trabajo. Al elevar el ingreso, las transferencias podrían motivar a las familias a disfrutar de más tiempo ocioso y reducir su participación en la oferta de mano de obra o el número de horas trabajadas, incluso en familias pobres. Los resultados de las evaluaciones de los programas de transferencias monetarias condicionadas indican que estas preocupaciones son exageradas. La mayoría de los estudios descartan que se produzcan estos desincentivos, mientras que otros, como mucho, revelan reducciones muy modestas en la mano de obra (Fiszbein y Schady, 2009). Sin embargo, se ha prestado menos atención al efecto de los programas de protección social en otros tipos de redistribución del trabajo. En particular, los programas bien delimitados y con criterios de elegibilidad basados en los ingresos obtenidos en el sector formal pueden motivar a las familias que están cerca del umbral de elegibilidad a reasignar su mano de obra al sector informal para ser elegibles. Si de veras existe, este comportamiento podría tener consecuencias imprevistas sobre la remuneración potencial de las familias y sobre el crecimiento económico.

En un artículo reciente (de Brauw et al., 2013), se mide el impacto del programa de transferencias monetarias brasileño Bolsa Familia en diversos aspectos de la oferta de trabajo de las familias, incluidas la participación en la mano de obra y el número de horas trabajadas, desagregando el tiempo de trabajo dedicado a los sectores formales e informales. La elegibilidad del Programa Bolsa Familia se basa en el ingreso autodeclarado en el momento de la postulación al programa. El Gobierno verifica esta información cotejándola con una base de datos de ingresos del sector formal. Las familias cuyos ingresos se acercan al umbral pueden dedicar horas adicionales al sector informal en vez del sector formal, pues el trabajo adicional en el sector formal puede comprometer su elegibilidad al programa. Dado que los empleos formales ofrecen mejores sueldos promedio que los informales, las familias pueden rechazar las ofertas de trabajo formal, o incluso dejar de postular a empleos formales, para mantener la elegibilidad al Bolsa Familia. De acuerdo con los datos del estudio, la diferencia entre los sueldos formales e informales es más grande en las zonas rurales que en las urbanas, lo que genera incentivos aún mayores para la relocalización del trabajo en esas áreas. Por lo tanto, se desagregan las estimaciones de impacto en la asignación sectorial del trabajo por localización urbana y rural.

Se usan datos longitudinales de las familias, recabados en 2005 y 2009, para evaluar el impacto del Programa Bolsa Familia en la oferta de trabajo de los miembros de las familias. La muestra incluye familias tanto de áreas urbanas como rurales, y el estudio contiene preguntas dirigidas a los individuos que permiten clasificar el trabajo como formal o informal.

Para dar cuenta de la inclusión no aleatoria de familias pobres al programa, se usa la ponderación por puntaje de propensión para crear un grupo de comparación para los beneficiarios del Programa Bolsa Familia ((Hirano, Imbens y Ridder, 2003).

En el agregado, no se observan impactos significativos del programa en la participación de los individuos en la mano de obra o en el número de horas trabajadas por la familia. Sin embargo, en las áreas rurales, se nota que el Programa Bolsa Familia genera una disminución pequeña pero significativa de la proporción de mujeres que actualmente trabajan (aproximadamente un 13 por ciento), lo que refleja una deserción laboral de las mujeres. En compensación, los hombres de las áreas rurales aumentan levemente su cantidad de horas trabajadas, de

manera que el total de horas trabajadas de las familias rurales permanece inalterado. Se constata un cambio bastante pronunciado en el número de horas de trabajo de las familias fuera del sector formal (una disminución de aproximadamente 8 horas semanales por miembro familiar) y dentro del sector informal (un aumento de aproximadamente 8 horas semanales por miembro familiar). Este cambio se debe principalmente a las familias de las áreas urbanas, donde la reducción de los ingresos debido al cambio del sector formal al informal es menor que en las familias campesinas. En las áreas rurales, no se comprueba ninguna variación sectorial similar.

Estos resultados tienen implicancias importantes. Aunque hay pocas pruebas que den fe de las consecuencias negativas frecuentemente mencionadas en las discusiones sobre los programas de transferencias monetarias (dependencia del programa mediante la reducción general del trabajo) se encuentran formas diferentes y más sutiles de una posible dependencia. Si el programa fomenta el traspaso de las familias urbanas del sector formal al informal, estas familias pueden prescindir de trabajos más estables que proporcionen una mejor protección, mejores beneficios y una mayor permanencia en sus empleos.

La consecuencia es que, si bien las familias urbanas beneficiadas no disminuyen su cantidad total de trabajo, pueden volverse trabajadores más vulnerables si dejan de participar en el programa. Asimismo, si el programa motiva a las mujeres de las áreas rurales a abandonar el trabajo, estas pueden volverse menos autosuficientes. Aunque los hombres compensen este fenómeno aumentando su carga laboral para que el total de horas trabajadas por la familia no se altere, la autonomía de las mujeres puede verse afectada.

Referencias:

- De Brauw, A., D.O. Gilligan, J. Hoddinott y S. Roy (2013). Bolsa Familia and household labor supply, *Working Paper*. Washington D. C., International Food Policy Research Institute.
- Fiszbein, A. y N. Schady (2009). *Conditional cash transfers: reducing present and future poverty*. Washington, DC, World Bank.
- Hirano, K., G. Imbens y G. Ridder (2003). Efficient estimation of average treatment effects using the estimated propensity score, *Econometrica*, 71(4): 1161–1189.